Hechizo de princesas

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

«Tus borradores de vida se han quedado
perdidos en mundos desviados»
Luis Alberto Spinetta

El Director tomó la palabra con voz engolada. La reunión estaba en un momento tenso.

El móvil de Fernando vibró. «18:00 Angi» decía la pantallita.

Se volvió hacia Oswaldo, su ayudante.

—Tengo que salir un momento. ¡No dejes que se cabrón nos joda!

—Mami, ¿tu crees que papa se acordará esta vez? —preguntó Angélica con una mezcla de temor y esperanza.

Susana miró a su hija con cariño infinito.

—Claro que sí chiquitina, seguro que está vez, sí que viene.

—Si no os hubierais separado no se olvidaría tantas veces de mí.

Susana acusó el golpe pero no dijo nada. Si ese cabrón de Fernando no fuera un adicto al trabajo, todavía serían una familia. A Angi le había afectado mucho la separación. «Gracias a Dios por la gimnasia», suspiró Susana. No es que Angélica tuviera grandes aptitudes pero había encontrada buenas amigas y retos que la llenaban de ilusión. Lo cierto es que le sobraban algunos kilos, bastantes en realidad; pero a Susana le importaba poco si los chasés, los cosacos o los promenades salían regular. La alegría de Angi era más que suficiente. ¡Incluso ganó una medalla en el ultimo torneo! ¡Y Fernando se lo perdió! ¡El Director le había invitado a jugar al golf!

Angélica ve a su padre tan pronto como este se tira del taxi.

—¡Papá, papá! ¡Por fin has venido! ¡Me tienes que ver haciendo el promenade! ¡La entrenadora dice que he mejorado muchísimo! Es muy muy difícil pero ya subo mucho la pierna.

—Claro que sí, cariño. ¿Cómo me lo iba a perder?

—Equipo alevín preparado —gruñeron los altavoces.

—Me tengo que ir papa, es importantísimo no retrasarse —dijo la niña, con una seriedad que sorprendió a Fernando.

En ese momento se fijó por primera vez en su ex y el estomago se le volvió del revés. Estaba guapísima y no pudo evitar recordarla con menos ropa. *¿Qué hice mal?,* se preguntó.

—Venga —le apremió Susana—. Vamos a las gradas que saldrán en cualquier momento.

Se estaban instalando en sus asientos cuando vibró el móvil.

—Perdona, vuelvo enseguida —dijo Fernando, saliendo al pasillo.

—¡Sólo dura tres minutos! —le advirtió Susana, desesperada. Por un momento se había hecho la ilusión de que esto le importaba.

Pero Fernando ya estaba atendiendo la llamada de Oswaldo, que había abandonado un instante la reunión.

—¡Ni hablar! —estalló de pronto—. No cedas en eso en absoluto. El centro de investigación de Alcorcón es nuestro, fue nuestro proyecto y ese soplapollas no va a quitármelo.

—Actúa equipo alevín —gruñó de nuevo el altavoz.

Por el rabillo del ojo Fernando vio a Susana señalando hacia la cancha. Miró en aquella dirección. Hasta ahora no se había percatado de lo bonito que estaba el gimnasio, todo lleno de adornos navideños, con un gigantesco «Felices Fiestas» en la pared del fondo. De las barandillas colgaban enormes muñecos de Papa Noel. Por un momento se sintió traspasado a otra época.

—¿Cómo dices? —Retomó la conversación—. ¿Qué nos adjudican la delegación de Francia a cambio Alcorcón? ¡Qué mal me suena eso!

La vista de Fernando volvió a la cancha. Vio a cinco retacos pisar con fuerza el tapiz y salir en fila, erguidas y pizpiretas, cada una con su pelota roja, transformadas en princesas por obra de un benévolo hechizo. Centenares de lentejuelas refulgían bajo los focos. Angélica iba en el medio y a Fernando le pareció más alta y delgada.

—¿Cómo que las filiales subsidiarias de la central internacional estarían bajo control de la oficina matriz regional? ¿Qué coño significa eso? ¿Nos dan Francia o no nos la dan?

Las cinco niñas tomaron posición en el centro del tapiz haciendo un corro con los brazos elevados, sosteniendo las pelotas como una corona. Sonó un breve pitido y comenzó una musiquilla pegadiza y familiar.

«Pero mira como beeeben los peces en el riiio, pero mira como beeeben, por ver al Dios nacido».

El verso estalló en la memoria de Fernando desencadenando ráfagas de recuerdos borrosos. Las niñas deshicieron el corro, botando despacio las pelotas mientras caminaban hacia atrás, siguiendo el ritmo pausado de la música.

«Beeeben y beeeben y vuelven a beber».

El villancico se aceleró, las niñas giraron y, con la pelota en las manos, dieron un espléndido salto, abriendo mucho las piernas. Fernando se quedó boquiabierto. Nunca había imaginado a su hija, con su obesidad incipiente, haciendo algo parecido. Perdió el hilo de la conversación.

«La Virgen se está lavaando».

Las niñas aterrizaron sobre el tapiz con la suavidad de ángeles, giraron otra vez... volaron las pelotas... las chiquillas rodaron por el suelo, en un torbellino de lentejuelas y se incorporaron en el punto exacto donde caían las pelotas.

«Los pajaritos cantaaando».

A Fernando toda la maniobra le pareció milagrosa.

—¿Fernando, estás ahí?. Se ha debido cruzar otra llamada: estoy escuchando un villancico.

«El romero florecieeendo».

Terminó la estrofa y volvió el estribillo, con su soniquete, lento, rápido, lento, mientras las gimnastas giraban sobre una pierna, como las bailarinas de una caja de música. Una mano sujetaba la pierna alzada y la otra botaba la pelota.

«Eso debe ser el promenade» pensó Fernando.

Con la lentitud de una pluma cayendo, deslizaron la pierna hasta el suelo; sin esfuerzo aparente, flexionaron el torso, haciendo rebotar sobre su pecho las rojas pelotas...

«La Virgen se está peinaaando».

...para capturarlas a continuación con un ademan delicado, como si recogieran amapolas de invierno.

«Los cabellos son de oooro».

Mientras el estribillo volvía por tercera vez, tiii ti ti tiii tiro riro riro raaaaa, las niñas se arremolinaron en el centro del tapiz, formando una figura que a Fernando le recordó un ave dispuesta a emprender el vuelo.

«Beeeben y beeeben y vuelven a beber, por ver a Dios Nacer».

Las niñas quedaron inmóviles. La música cesó. El tiempo quedó congelado por un instante.

Luego todo el público prorrumpió en aplausos. Fernando batía palmas como un poseso, con tanto ímpetu que el móvil fue a tomar por culo.

—¡Es magnífica! —estalló—. ¿La has visto, Susana? ¡Maravillosa! ¡Una triunfadora!

Su exmujer le miró de arriba a abajo.

—Sólo es una niña que está en el cielo porque, por fin, su papá ha venido a verla. Nos ha dado todo lo que tiene y todo lo que siente. Hoy ha volado, aunque solo nosotros lo hayamos visto.

Fernando no respondió, limitandose a recoger, pensativo, el móvil que parecía haber enmudecido. Susana advirtió, entre sorprendida y curiosa, que se lo guardaba en el bolsillo, sin intentar retomar la conversación interrumpida.

—¡Papá! ¡Papa! ¿Me has visto? Lo he hecho bien ¿verdad? A que sí... A que sí...

—Has estado maravillosa cariño. Ahora mismo se lo voy a contar a todos los de la oficina y este fin de semana te compraré lo que quieras de regalo y te llevaré a comer a Mcdonals.

Angélica dio un paso atrás y miró a su padre, conteniendo las lágrimas.

—¿Te vas a la oficina? ¿No nos invitas al McDonals ahora?

Susana se agachó junto a su hija.

—No puede ser chiquitina, a papá le encantaría pero tiene mucho trabajo. Ha hecho un esfuerzo muy grande para venir a verte.

A Susana le dolía en el corazón cada palabra, pero desde la separación había luchado para que su hija no perdiera el cariño por su padre, sin importarle nada más.

Fernando sintió un nudo en la garganta y recordó la reunión, el centro de investigación de Alcorcón, las filiales francesas y la madre que los parió a todos. El móvil vibró en su bolsillo, era el mismísimo Director.

—¡Fernando! ¿Dónde cojones estás?. Regresa inmediatamente a la reunión.

—Lo siento señor Director, pero me voy al McDonals con mi familia.

—Pero ¿tú qué te crees?, ¿que esto es un puto cuento de Navidad?